

UN HOMBRE, CONTRA QUIEN NADA PUDO EL SOBORNO

LA época de la restauración del trono de Inglaterra, después de la República de Oliverio Cromwell, fué de dura prueba para los que habían apoyado al Protector. No pocos hombres de los más valientes y sabios, vieron declinar su fortuna; entre ellos, Milton, el gran poeta que tanto había trabajado por Cromwell, fué encarcelado, y otros muchos tratados duramente por los realistas.

Con todo, hubo un amigo leal del Protector que gozó de gran influencia en el nuevo gobierno. Era éste Andrés Marvell, célebre poeta satírico, antiguo miembro del Parlamento, por Hull, distrito que le reeligió en las primeras elecciones, efectuadas en tiempo del nuevo monarca, Carlos II. Marvell hablaba poco, y, a pesar de ello, su influencia era extraordinaria. Levantóse para defender a Milton y lo hizo con tal energía, que ganó para su causa numerosos amigos.

Pero mucho mayor todavía fué el efecto que produjo Andrés Marvell con su pluma, por medio de sus sátiras, es decir, esos escritos que ridiculizan amargamente las palabras, acciones o escritos de una persona. Así, por ejemplo, indignado el poeta de que Carlos II sacase constantemente dinero del Parlamento y lo derrochase, escribió un fingido discurso del rey sobre el estado de la Hacienda. En los últimos años de su vida, sus sátiras fueron de una acritud extraordinaria. Acometió a los cortesanos, atacó sin compasión al gran ministro Clárendon y, por último, satirizó a Samuel Párker, el intolerante ministro de Oxford.

Ahora bien, en vista de tal obstinación, así el rey como sus ministros creyeron necesario reducir al silencio a tan eminente y agudo escritor. A este propósito se refiere la siguiente anécdota.

El divertido monarca Carlos II se complacía frecuentemente en encontrarse y conversar con Marvell, cuyas agudezas y donaires le agradaban sobremanera. Una mañana, S. M. dió al ministro de Hacienda, Danby, el encargo de que fuese a buscar al poeta, el cual muy escaso de bienes materiales, no tenía apenas otro salario que el que recibía de la ciudad de Hull, como representante suyo en el Parlamento. Súpolo el astuto monarca y al encargar a su ministro que fuese en busca de Marvell, añadió que emplease cuantos medios creyera oportunos para atraer a su partido al célebre satírico.

Danby tuvo alguna dificultad en dar con la casa de Marvell; mas al fin, habiéndola encontrado, entró en ella sin previo aviso.

—¿A qué debo el honor de esta visita? —preguntó Marvell levantando los ojos del escrito que tenía encima de la mesa.

—He venido de parte de S. M. que desea saber en qué puede servir a usted —contestó el ministro.

—S. M. no puede servirme en nada— repuso Marvell.

—Pero es que S. M. desea que acepte usted un puesto de honor en su corte.

Andrés Marvell rechazó inmediatamente el honor, mejor dicho, el deshonor, como él lo suponía, diciendo:

—No me es posible aceptar lo que se me propone, porque o habría de ser ingrato al rey votando contra él, o desleal a mi país al hacerme partícipe de las disposiciones del gobierno. El único favor que pido a S. M., es el de que me conceptúe entre sus súbditos, como el más exacto en el cumplimiento del deber; y que se persuada de que sirvo mejor a S. M. rehusando el honor con que me brinda, que aceptándolo.

Lord Danby trató de persuadirlo, pero en vano; Marvell continuó firme en su decisión.

Como último recurso el ministro sacó un paquete en el que se contenían 1000 libras esterlinas (5000 pesos oro) y poniéndolo en la mesa, según se ve en el grabado, dijo:

El rey me ordena que entregue a usted mil libras en espera de que se dignará aceptarlas hasta que haya pensado algún otro favor que pedir a S. M.

Andrés Marvell se echó a reir.

—Supongo que el señor ministro no tiene intención de burlarse de mí con semejantes ofertas. Para nada necesito el dinero del rey. Como ve usted, tengo casa en que vivir, y en cuanto a mi alimento, ahí está mi ama que podrá informarle.

Y,. volviéndose a ella, continuó el escritor:

—Sírvase decir a este caballero qué comí ayer.

—Espalda de carnero.

—Y hoy, ¿qué comeré?

—Las sobras hechas picadillo.

—Y mañana, mi querido Lord Danby, comeré la espaldilla asada—añadió jovialmente Andrés Marvell.

El ministro atónito ante la grave sencillez del famoso escritor, lió confuso el paquete del oro y se encaminó al rey a darle cuenta de su encargo.

LA GRAN ENERGÍA DE BERNARDO PALISSY

EN los primeros años del siglo XVI, salió de un pueblo del Sur de Francia, en busca de fortuna, un obrero, mozo, sin más hacienda que la contenida en un zurrón que llevaba a cuestas. Tenía el oficio de vidriero, y gracias a su maña y habilidad, pudo ir ganando para vivir durante su viaje. Por lo que se refiere a la instrucción recibida en libros, carecía en absoluto de ella.

Este obrero, cuyo nombre era Bernardo Palissy, se estableció, al fin, en una ciudad llamada Saintes, en donde ganaba salarios bastante regulares, dedicado al oficio de pintor de cristales y de agrimensor. Poco después, contrajo matrimonio, y cuando llegó a ser padre de familia, la ansiedad natural por la educación de los hijos le espoleó a procurarse otra ocupación mejor pagada y más continuada que la pintura, a que hasta entonces se había dedicado.

Un día vió una copa hermosamente esmaltada, que había sido hecha en Italia. ¡Qué obra de arte! ¡Cuán hermosa a la vista, qué suave al tacto! ¡Ah! si pudiera él amasar arcilla ordinaria y transformarla en un objeto tan hermoso como esta copa! ¡Qué dichoso sería y qué fortuna podría alcanzar en poco tiempo!

Desde aquel día, Bernardo se sintió dominado enteramente por esta idea; despierto, pensaba en ella; durmiendo soñaba. ¿De qué estaba compuesto aquel esmalte? ¿Cómo podía haberse conseguido? Tomaba cuantas substancias creía él que podrían producirlo; las pulverizaba, las engrasaba en ollas comunes, sometía estas ollas a una elevada temperatura, las cocía... pero todo en vano. Su mujer no se cansaba de rogarle que no perdiese miserablemente el tiempo y aun llegó a insultarle por

esta causa. Pero Bernardo había resuelto no cejar hasta descubrir cómo se fabricaba aquel esmalte y nada era capaz de desviarle de su propósito. Construyó un horno al aire libre y prosiguió en busca del precioso esmalte.

Pasaron algunos años... años de fracaso y de derrota. Los vecinos le creían loco, y no sin motivo, pues andaba hecho un andrajoso, pálido como un espectro, feo como un espantajo. Las piernas convertidas en cañas, ni siquiera ofrecían un apoyo seguro a las ligas que debían sujetar las medias, las cuales, por esta causa, llevaba siempre caídas hasta los tobillos. Según queda dicho, Bernardo había construído sus hornos al aire libre; allí permanecía sentado, vigilando las operaciones, aun en los momentos en que desgarraba furiosa la tempestad; y cuando el pobre hombre, empapado en agua, iba a buscar abrigo en su choza, era recibido en ella por su mujer con gritos y ultrajes.

En cierta ocasión, precisamente cuando parecía que iban a dar el resultado apetecido los esfuerzos acumulados durante tantos años, le faltó combustible. Bernardo corrió a la empalizada que rodeaba el jardín de su casa, arrancó las maderas y las quemó. El experimento tardó más de lo que el obrero creía; y como viera consumido todo el combustible que había sacado de la empalizada, fué a su casa, tomó mesas, sillas, anaqueles y lo arrojó todo al fuego. En otra ocasión, invitó a sus impacientes acreedores a que fuesen testigos de su afortunado descubrimiento, pero cuando llegaron, vieron que parte de las paredes del horno se habían derrumbado echando a perder todo el trabajo, de manera que en vez de plácemes, Bernardo, en medio de la mayor desesperación, hubo de oir befas y escarnios.



Mientras Bernardo miraba desesperado su obra arruinada, los acreedores se mofaban de él.

Con todo, Bernardo era un genio. Después de diez y seis años de fracasos, cada uno de los cuales le llegaba al fondo del alma, este hombre harapiento,

solitario, señalado su demacrado semblante con el lúgubre brillo de sus hornos, pudo un día exclamar alborozado: «¡Eureka!» El secreto de la fabricación del esmalte estaba descubierto. Nunca, durante todo este tiempo, había oído de su esposa una frase de cariño; siempre había trabajado en medio de la terrible soledad de su alma. Apenas se halla, en los anales del género humano, una empresa semejante a esta de diez y seis años de fracasos, burlas y persecuciones.

Un platito hecho por este obrero—platito realmente pequeño, con un lagarto en el centro,—fué vendido recientemente por 800 pesos oro.

Pero Bernardo estaba destinado a hacerse célebre, no por el feliz resultado de sus trabajos, sino por su vida de incesantes padecimientos. Poco después de haber realizado su descubrimiento, fué encarcelado por motivos de religión. La turba penetró en su casa, echó a perder todos los instrumentos de su trabajo y destruyó sus hornos. Condenáronle los jueces a morir en la hoguera, mas puesto en libertad por mediación de un noble que necesitaba del hermoso arte de Bernardo, trabajó luego durante algunos años en París, en calidad de alfarero de la reina de Francia.

En esta época se hizo famoso y rico; pero próximo a cumplir los ochenta años de edad, el infeliz fué de nuevo arrestado y murió en la Bastilla, después de haber pasado en ella, durante algunos años, una vida peor que la misma muerte.

¿No es éste un hombre, en quien pueden admirarse las mayores dotes y de quien puede tomarse ejemplo de valor, energía y rectitud inquebrantables? ¡Qué alma tan hermosa subió a su Creador, cuando el cuerpo de barro del gran obrero cayó frío sobre el suelo de la solitaria celda de la cárcel!

LA HAZAÑA DE DIEZ VALIENTES

CUANDO Napoleón vióse obligado a retirarse de Moscú a causa del incendio de esta ciudad, huyó a través de las desiertas y nevadas estepas de Rusia, perseguido por el enemigo. Fué en el cruel invierno de 1812. La marcha era terrible: aquellos soldados (franceses, italianos, alemanes, polacos, procedentes de todas las naciones sojuzgadas por Napoleón) medio muertos de hambre, sueño y frío, apenas podían hacer más que arrastrarse, y, no obstante, el temor a los cosacos les hacía avanzar.

Entre los alemanes figuraba el príncipe Emilio de Hesse Darmstadt, que mandaba un grupo de diez soldados de los mil a quienes había conducido al Este unas cuantas semanas antes. Al llegar la noche encontraron las ruinas de una cabaña incendiada. El príncipe dijo allí a sus hombres: «Queridos hermanos, descansemos aquí y dejemos al cielo el cuidado de si hemos de despertar de nuevo en la tierra o no, porque hemos cumplido como buenos al sufrir fielmente nuestra parte de trabajo y padecimientos».

Acostáronse, pues, en las ruinas de la cabaña, y bien pronto el príncipe Emilio tuvo agradables sueños en los que veía rostros amigos junto a sí velándole.

Por fin, despertóse sobresaltado, caliente y descansado, preguntándose dónde se encontraba. Recordó la fatigosa marcha, la nieve, el hambre, la miseria. Miró en torno suyo, y en la ruinosa cabaña no había nadie; después echó de ver que había dormido bajo un montón de uniformes que reconoció ser de sus soldados, y al crecer la luz del día vió la puerta obstruída con los cuerpos de aquellos nobles súbditos que habían sacrificado sus vidas por defender la de su príncipe.





LA HUÍDA A LA LUZ DE LA LUNA

HARÁ cosa de mil años que vivía en Normandía un muchacho llamado Ricardo, nieto del famoso Rollo, que vino con los *vikings* del Norte para conquistar los hermosos territorios regados por el Sena. El pequeño Ricardo pasó una infancia bien triste. Aborrecíale su madrastra, y veía raras veces a su padre Guillermo Longsword. Cuando el muchacho cumplió ocho años, cayó gravemente enfermo su progenitor, y creyendo próximo su fin, llevóse a Ricardo a Bayeux e hizo que los barones jurasen lealtad a su heredero.

Poco después, fué su padre traidoramente asesinado y llegó para Ricardo una serie de días tumultuosos. El rey Luis de Francia era enemigo suyo y creyó que por ser Ricardo un niño podría fácilmente despojarle de su ducado.

Pero había muchos barones leales y caudillos que le querían y que se pusieron en seguida de su parte; y cuando cayó prisionero, le rescataron. No estuvo, sin embargo, mucho tiempo en libertad, pues Luis, pretextando un cariño que no sentía, volvió a apoderarse del muchacho, que tenía entonces once años, y encerróle en una torre de Laon, al cuidado de Osmundo, noble normando.

Ahora bien: Osmundo era muy hábil y enseñó a Ricardo todo lo que había aprendido, durante las solitarias horas que pasaron en la torre. Además, amaba al muchacho y sentía grandísima tristeza al verle cada vez más pálido y débil por carecer de aire puro y no poder hacer ejercicio alguno.

Una vez, sin embargo, atrevióse a desafiar la cólera del rey Luis, y llevóse secretamente a Ricardo fuera de la torre, haciendo galopar su caballo por la dilatada campiña. Hizo tanto bien al muchacho esta escapatoria, que Osmundo, que le quería entrañablemente, determinó huir con él.

Acontecían estos sucesos durante la estación de las lluvias, y la humedad y soledad de la torre fueron causa de que Ricardo cayese realmente enfermo, tanto, que el rey y todos sus cortesanos, creyeron que los días del muchacho estaban contados. Osmundo quería que creyesen que su estado era mucho más grave de lo que en realidad era, pues había ya combinado su plan para huir con el pequeño y no aguardar más que una oportunidad favorable para ponerlo en práctica.

No tardó mucho en presentarse una ocasión propicia. Iba a celebrarse un gran banquete en el castillo y el pequeño prisionero seguía con la vista, desde la ventana de su celda, los preparativos que alegremente iban haciéndose. Según las instrucciones de Osmundo, cuando el oficial inspector hizo su visita acostumbrada, encontró a Ricardo acostado en su lecho y pudiendo

apenas contestar a las preguntas que se le hacían. Tan débil era su voz. Pero no bien hubo el oficial inspector traspasado el umbral, Osmundo advirtió a su amiguito que huirían juntos aquella misma noche, y cuando Ricardo preguntó con afán:—¿Cómo? —no quiso decírselo y sólo le contestó:

—Come todo lo que te traigan, porque necesitarás todas las fuerzas que puedas reunir.

Siguió el día su curso, y al llegar la hora del banquete, entraron los invitados, encaminándose todos al gran salón. El patio de honor, la entrada y los corredores interiores parecían estar completamente desiertos. Abrió Osmundo la puerta de la celda, miró por la ventana que daba a la escalera y escuchó. Luego, haciendo señas a Ricardo para que le siguiese, bajaron silenciosamente, y atravesaron el patio, ocultándose en las sombras todo lo que podían.

Por fortuna, Osmundo conocía el camino del granero hasta en la más densa oscuridad y con el pequeño pegado a sus talones, entró en el granero, cogió un haz de heno y con una cuerda lo ató por la cintura alrededor de su cuerpo, de modo tal, que nadie hubiese sospechado que dentro de aquel haz se ocultaba un niño. Luego, con sumo cuidado, apoyó el haz contra la pared, levantólo y se lo cargó encima de los hombros.

—No te muevas ni hagas ruido alguno.

Venía ahora, empero, la parte más peligrosa de la aventura; pues Osmundo tenía que cruzar el patio iluminado por la luz de la luna, para llegar a las cuadras. Al entrar en ellas dejó su preciosa carga, ensilló un caballo, sacó a Ricardo del haz de heno y condujo el caballo fuera del castillo por una salida lateral. Luego, con el niño delante y envueltos ambos en una ancha capa, cabalgaron silenciosamente por las calles de la ciudad, y cuando hubieron dejado atrás las últimas casas, huyeron a todo escape.

El pequeño Ricardo vivió y gobernó su ducado, conquistándose el amor y el aprecio de todos sus súbditos.

LA MUJER QUE VENDIÓ SU CHAL

SUCEDIÓ una vez que algunos de los pobres niños de los barrios bajos de Londres, formando una colonia, iban a pasar quince días en el campo. El espectáculo era de los más conmovedores. La charla continua de los pequeñuelos, la prisa que llevaban para llegar cuanto antes, pugnando cada uno por trepar el primero a los coches, la colocación de líos, paquetes y cestas en los estantes destinados a este objeto, las hermanas mayores procurando que los más pequeños hiciesen el viaje con toda comodidad; los hermanos más pequeñitos pidiendo a voz en grito que les dejasen estar junto a las ventanillas, y todos, grandes y pequeños, contándose unos a otros, en alegre excitación, lo que iban a hacer y a donde se proponían ir.

Recorriendo el andén en todas direcciones, veíanse a muchas madres que iban agrupándose ante las portezuelas —pobres mujeres que para poder despedir a sus hijitos habían perdido una hora de jornal en la fábrica o en el lavadero.—Cada uno de los niños llevaba su paquetito de comida para el viaje, y una o dos monedas de cobre para gastárselas en alguna golosina.

Pero había una niña que carecía de todo. Hallábase sentada al borde de la banqueta del coche con los ojos excesivamente abiertos y mirando fijamente en torno suyo, sin que asomase a sus labios la más leve sonrisa o dejase oir una sola palabra de contento.

Su aspecto miserable llamó la atención de una de las mujeres del andén, cuya hijita estaba allí cerca, alegre como un pajarito, con una mano llena de monedas de cobre y asiendo con la otra un saquito lleno de bollos.

Aquella carita blanca y triste conmovió profundamente a la buena mujer. ¿Dónde estaría la madre de aquella

pobre criatura? ¿Y no tendría tal vez hermanos o hermanas ni unos centavos ni nada que comer durante el viaje?

La niña movió tristemente la cabeza. Su padre había muerto; su madre no podía abandonar el trabajo, y no conoció hermanos ni hermanas, y en cuanto a los centavos no disponía de ninguno, y tampoco tenía nada que llevarse a la boca. La pobre niña no hizo más que tenderla las manecitas vacías. Una amiga la había acompañado a la estación.

Muchas otras personas por este tiempo, habíanse agrupado ya en torno de la buena mujer y oíanse varias expresiones de lástima y de interés. Pero la mujer de quien hablamos, cuyos andrajosos vestidos proclamaban muy alto su extremada pobreza, dejó brotar de sus ojos una lágrima y dijo, desapareciendo apresuradamente:

—¡Aguarda un poco!

Ya nadie pensaba en ella; el jefe del tren iba a dar la señal de partida y no tardaría ya en ponerse en movimiento el convoy, cuando volvió aquella buena mujer jadeante, sin el chal que le abrigaba y en busca de la pobre niña. Llevaba en las manos unas cuantas monedas de cobre y un bollo muy grande.

—¡Aprisa! ¡aprisa!—exclamó el jefe del tren, con la mano en la portezuela, todavía abierta.

La pobre mujer no tuvo más que el tiempo preciso de depositar su óbolo en manos de la pequeña. Cerróse estrepitosamente la portezuela y el tren comenzó a rodar majestuosamente por los rieles. La buena mujer acababa de vender el chal que cubría sus hombros para que aquella pobre criatura fuese tan dichosa como sus compañeras.

CERVANTES CALUMNIADO

LA facilidad que hay para lastimar la reputación ajena, ha dado lugar a casos frecuentes de venganza personal por medio de la calumnia. A este propósito, recordaremos el lance original ocurrido a Cervantes, en Valladolid, y que fué en parte causa importante de que escribiese su célebre D. Quijote.

Una noche, al retirarse a su casa Don Gaspar de Ezpeleta, caballero de San Jorge, y muy conocido en su tiempo, tuvo que cruzar su espada con la de un valentón que le salió al encuentro en un puente próximo a la casa de Cervantes. Mal herido en la refriega, Don Gaspar fué a caer en aquellas inmediaciones, y a sus lamentos acudió uno de los vecinos, llamado Esteban de Garibay, quien llamó a Cervantes, para que le ayudara a socorrer al herido, que a poco murió en brazos de ambos. Intervino la justicia, e ignorado el matador, las primeras sospechas fueron a recaer sobre Cervantes, a cuya habitación había sido conducido Ezpeleta. Aunque las declaraciones de Garibay y de los demás convecinos le fueron favorables, no así las de un tal Hernández de Toledo, señor de Cigales, ni las de un portugués, llamado Simón Méndez. En efecto, éstos alegaron que Cervantes era enemigo del señor Ezpeleta, persona que solía visitar a varias familias de la casa en que vivía el acusado; y que, por tanto, cabía muy bien que éste hubiera armado a la víctima una celada, dando por resultado la desgracia ocurrida. Todo esto, envuelto en contradicciones, por la ojeriza que ambos individuos tenían a Cervantes, fué causa de que aquellas malas lenguas hicieran sospechosa su honradez, tantas veces probada, y de que se le condenase en su casa a una reclusión rigurosa que duró por mucho tiempo.

Tal vez la herida que abrió en su dignidad el triunfo de sus calumniadores, le moviera a trazar en el Quijote aquellas frases que suenan a una queja: «Donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia».



EL AMIGO DE LOS ESCLAVOS

SABIDO es que, durante mucho tiempo, aun después de la reacción que se produjo contra el comercio de esclavos, continuó éste ocasionando graves males en el continente africano.

Las primeras gestiones serias para abolir este comercio en el África Central, debiéronse a un intrépido viajero inglés, Sir Samuel Baker, quien, acompañado de su esposa, penetró en el lugar en donde más arraigada estaba la esclavitud y luchó contra ella a brazo partido. Este caballero había recibido del jedive de Egipto el mando de una expedición destinada a la supresión del comercio de esclavos, para la cual disponía de una fuerza de 1645 soldados; pero los oficiales egipcios, que en el Sudán ganaban muy buenas sumas de dinero con este tráfico inmoral, suscitaron tales obstáculos a la obra de Sir Samuel Baker, que cualquiera hombre menos animoso y decidido que él hubiera renunciado con desesperación a su empresa.

Todo parecía conjurarse contra el esforzado caudillo. Por el río, a la sazón escaso de caudal, no pudieron viajar los vapores que estaban a su disposición, de manera que, en vez de salir de Kartum con bajeles y animales de carga, hubo de hacerlo sin estos elementos. A pesar de todo, sin dar oídos más que a su valor, se aventuró a lo que parecía imposible, apoyado heroicamente en todo por su esforzada esposa, la primera mujer blanca que puso el pie en aquellas regiones. En cierta ocasión vieron llegar tres barcos, pertenecientes al gobernador de Fashoda. Sir Samuel se entrevistó con este dignatario y le preguntó si llevaba esclavos a bordo. El gobernador, mostrándose muy ofendido, contestó que se ocupaba únicamente en recaudar contribuciones; mas examinados los barcos, se hallaron a bordo unos setenta esclavos, además de ochenta y cuatro que estaban ocultos en la orilla. Pues bien, este oficial había asegurado a Sir Samuel que, con su propia industria, tenía suprimido el comercio de esclavos en su distrito y que no se atrevía a entrar en él un solo traficante de negros.

Sir Samuel y Lady Baker declararon libres en el mismo instante a todos los esclavos, con inmensa alegría de estos desgraciados y amargo resentimiento del gobernador.

Otra vez, viendo pasar un bajel por medio del río, mandó detenerlo. Interrogado el capitán, declaró con fingida indignación que no llevaba a bordo esclavos, sino solamente grano. Introducida en el trigo una baqueta de rifle, oyóse un grito apagado debajo del grano y fué sacada una negra. En vista de este resultado se removió el trigo; nada menos que 150 esclavos había allí ocultos, todos los cuales recobraron al punto la libertad.

No tardó mucho Sir Samuel en descu-

brir que no sólo eran los oficiales egipcios los principales traficantes de esclavos, sino que también el mismo gobierno, de quien había recibido el encargo de suprimir este comercio, había conferido igualmente a un negrero el derecho exclusivo de adquirir esclavos en una área de 145.000 kilómetros cuadrados.

No fueron suficientes para quebrantar su energía la traición de los oficiales de su propio ejército y el motín promovido entre las tropas; más todavía; cuando oyó que unos y otras estaban decididos a desistir de la expedición y regresar a Kartum, dejando así a los esclavos a su propia suerte, escribió en su diario: « Nadie retrocederá, a menos que sea por orden mía ». Y con todo, este hombre tan fuerte e inquebrantable, no pudo contener las lágrimas a la vista de un niño esclavo de once años que, cubierto de heridas, buscó refugio en el bote de Sir Samuel.

La fuerza de 1645 hombres quedó reducida a solos 504, pero el valiente caudillo no se desanimó. « No desespero —dijo.—Estoy resuelto a que la reducción de mis tropas no paralice la actividad de esta expedición; a pesar de los pesares, he de conseguir el fin principal de mi empresa, es decir, la supresión de la esclavitud ». Continuando al Sur, llegó con su esposa y un reducido ejército a Masindi, cerca de Victoria Nyanza. El rey le trató como buen amigo, pero Sir Samuel creyó oportuno tomar toda clase de precauciones.

Las continuadas pruebas de amistad, que el rey le prodigaba, fueron causa de que el viajero inglés perdiera poco a poco algo de su primitiva prevención, y en estas circunstancias, hallándose paseando una tarde de un lado a otro en compañía de su esposa, desde los matorrales próximos les hicieron una descarga cerrada. Afortunadamente, escaparon ambos, pero el cuartel en que se hallaban sus tropas fué cercado de millares de indígenas armados, a quienes fué muy difícil rechazar.

Desde entonces la obra de Sir Samuel ha producido opimos frutos, por cuanto el comercio de negros quedó suprimido en todos los lugares que visitó. El libro en que trató de su expedición termina con las siguientes palabras: « No puedo menos de reconocer la acertada asistencia que he recibido en unión de todas las personas relacionadas con la expedición al interior, de mi esposa, que cuidaba de los enfermos cuando nos hallábamos sin asistencia médica, y cuya amable ayuda confortó a muchos, cuya energía a no ser por ella, hubiera flaqueado ».

Livingstone, refiriéndose a Baker, dice así en una carta: « Actualmente, Sir Samuel está ocupado en una empresa mucho más noble que el descubrimiento de los orígenes del Nilo; si llega a suprimir el comercio de esclavos, habrá hecho al género humano un servicio sin comparación, mayor que todos los míos juntos ».

UNA MUJER QUE SALVÓ A SU FAMILIA

UNA señora, que con sus dos hijos de corta edad pasaba las vacaciones en Suiza, deseosa un día de llegar a un valle a la otra parte de las montañas, mandó disponer un coche que condujera a la familia.

Ahora bien, la mayor parte de las gargantas de estas montañas tienen uno o varios lugares peligrosos, en los cuales un cochero experto necesita de toda su habilidad para impedir que el carruaje se precipite desde la estrecha carretera. En el caso de que estamos hablando, tiraban del coche tres caballos, uno delante, y los otros dos detrás.

Todo salió a pedir de boca hasta que el coche llegó a un agreste paraje de la carretera en uno de cuyos lados se acumulan las rocas sobre ella, mientras en el otro se abre un precipicio que da al valle y mide algunos centenares de pies de profundidad. Precisamente en el momento crítico, el caballo delantero, sintiéndose lastimado, no sé con qué cosa, se volvió hacia el precipicio, fijó

en el borde sus patas delanteras e irguió la cabeza y atiesó el cuerpo, como disponiéndose a dar el terrible salto.

Un grito de los niños hubiera sido suficiente para que el pobre animal, espantado, hubiera dado con todos ellos en el fondo del valle. El cochero, perdida en absoluto la serenidad, quedó mirando despavorido al animal, cual si estuviera paralizado.

La madre, sentada en lo interior del coche, conoció al punto que un momento de dilación acarrearía necesariamente la muerte a todos los que iban en el carruaje. Súbitamente, con la valentía que sólo sabe inspirar el amor maternal, saltó del vehículo; rápida como el rayo, corrió a la cabeza del animal delantero, le tomó de la rienda con la derecha, mientras con la izquierda se tapaba los ojos lo mejor que podía, y, acariciando con suaves palabras al caballo, procuró volverle a la carretera. Mucho le costó conseguirlo; mas al cabo obedeció el animal, salvándose así todos de la muerte que tan de cerca les había amenazado.

HERMOSO RASGO DE GENEROSIDAD

DURANTE la guerra de la independencia, que los norteamericanos sostuvieron contra Inglaterra, hallábase un día una columna del ejército inglés cerca de otra de tropas americanas, cuando el coronel que mandaba la primera, observó que un oficial enemigo, a caballo, practicaba, incauto, un reconocimiento, llegando hasta ponerse a tiro de los contrarios, sin advertir que éstos le estaban observando.

Por el derecho cruel de guerra, el coronel hubiera muy bien podido hacer fuego sobre aquel oficial. Un soldado le ofreció un arma, que él tomó, y con el dedo ya en el gatillo, se contuvo, movido de un sentimiento de caridad, ante la idea de quitar la vida a un semejante de una manera que podía considerarse como un verdadero asesinato; y bajando el fusil dejó que el oficial enemigo se alejase.

El coronel inglés, en cuyo pecho latía uno de los corazones más nobles y valientes del ejército, tuvo en sus manos por un momento la vida del magnánimo y célebre Wáshington, pues no otro era el oficial americano, y bendijo después aquel arranque de generosidad que le libró de matar al que, por sus virtudes, fué más tarde la admiración de sus mismos enemigos.

HEROICA MAGNANIMIDAD DE UN PATRIOTA

NICOLÁS Bravo, uno de los caudillos de la independencia mejicana, al saber que su padre había caído en poder de sus enemigos, y teniendo él en su poder trescientos prisioneros, propuso al jefe de las fuerzas contrarias un canje de todos ellos por su padre, proposición que se le dijo no podía ser admitida mientras no fuera acompañada de su rendición, con la promesa de desertar de sus banderas.

Bravo consideró que sus deberes de patriota eran antes que todo, y se negó a aceptar aquella condición. Su padre fué ejecutado, y el noble y caballeroso hijo de Méjico, en vez de ejercer entonces el terrible derecho de represalias, tan común en las guerras, hizo formar a los trescientos prisioneros, que sabedores de lo ocurrido se preparaban a morir; y ahogando en su pecho todo sentimiento de venganza, les dijo: « Las leyes de la guerra y el recuerdo de mi padre sacrificado podrían justificar, en cierto modo, cualquier acto de sangrienta venganza por mi parte; pero no quiero manchar mi conciencia con lo que consideraría un crimen. ¡Sois libres! »